

MUERTOS ILUSTRES

El año pasado se despidió causando dos irreparables bajas en las filas de nuestras notabilidades artísticas.

Arturo Mérida y Plácido Francés, distinguido arquitecto el uno, afamado pintor el otro y colaboradores ambos de esta publicación, dejaron de existir casi al mismo tiempo, cuando aún podía esperarse mucho de su talento y laboriosidad, ocasionando esta doble pérdida el natural sentimiento en los numerosos amigos y admiradores de los insignes finados.

Los periódicos de Madrid, donde los dos residían y eran por lo tanto más conocidos, han publicado sentidos artículos a su memoria, de los cuales, deseosos de rendirles también el merecido tributo, entresacamos las siguientes líneas y las hacemos nuestras:

«Con dolorosa frecuencia tenemos que noticiar la pérdida de artistas famosos, entusiastas, populares; la muerte parece avara de los hombres que más contribuyen al fomento de la cultura nacional, y mientras resultan punto menos que inmortales muchos ciudadanos que jamás hicieron nada útil ni para nada aprovechable sirven, intelectualmente hablando, van pasando a mejor vida los luchadores de la idea, los cultistas del arte.

Suñol, Villajos, Francés, Mérida... ¡El pobre Arturo Mérida, tan castigado por desdichas físicas de algunos años a esta parte! Para cuantos le conocimos y le tratamos, la noticia de su muerte nos parecerá mentira, mientras en la memoria tengamos aquella fisonomía franca, típicamente madrileña de un siglo ha, que pedía siempre, como preciso complemento, la indumentaria coetánea de Goya.

Los que personalmente no le conocieron, las generaciones venideras, sabrán de Mérida por sus trabajos arquitectónicos restauradores de San

Juan de los Reyes, por el monumento a Colón que tiene Madrid frente a la Casa de la Moneda, por el hermosísimo mausoleo que en la catedral de Sevilla guarda los restos de Colón, por los numerosos trabajos de su profesión que han señalado avances prodigiosos en la arquitectura contemporánea, trabajos que han convertido en museos los palacios de Denia y Bañer y tantas otras señoriales residencias españolas.

Era de los arquitectos artistas que se deleitan convirtiendo las líneas en encajes y las piedras en hojas y flores, con todos los primores y filigranas platerescas de aquel estilo, genuinamente nacional, que durante siglos enteros fué injustamente preterido ó detestablemente imitado.

De las varias aptitudes



† ARTURO MÉRIDA.

que atesoraba, deja pruebas en la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales*, cuyas páginas guardan gallardías inimitables de su talento como intérprete gráfico de lo que Galdós narró y escribió en su admirable prosa. Escribía como dibujaba, y la Academia de San Fernando no ha de olvidar el discurso con que la deleitó el día de su recepción en ella como individuo de número.

Hermano del inolvidable pintor Enrique y del eruditísimo maestro en arqueología, José Ramón, dió alto renombre a su apellido, por sus hermanos enaltecido también de laboriosa y ejemplar manera.»

«Plácido Francés, nacido en Alcoy, pertenecía a la brillante escuela valenciana moderna, que es la que ha dado mayor número y más notables maestros a nuestra pintura.

Su estilo limpio, correcto y de cuidadoso dibujo, era muy decidido; tendía, como colorista, más a las claridades alegres que a los efectos de tonalidad y de gamas. Dominaba con maestría la pintura en grande, mejor que las convencionales abreviaciones de lo pequeño.

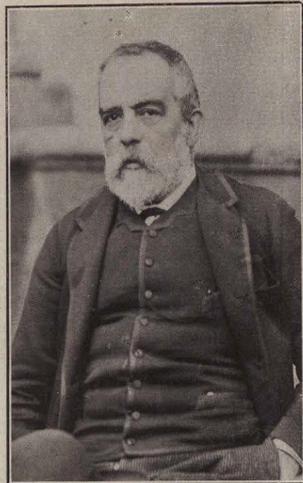
Ha hecho retratos muy notables, entre ellos uno de una señorita, hija del reputado Dr. Vallcorba, de tan magistral ejecución como las mejores cabezas de Velázquez.

Como maestro, ha tenido el honor de iniciar en el arte a Domingo Marqués y a Emilio Sala. Su hija Fernanda es también una notable pintora, y su hijo Juan, con cuya colaboración se honra también el ALBUM SALÓN, es uno de los artistas jóvenes de más valer. Aunque Plácido Francés obtuvo varias distinciones en su carrera, todas fueron inferiores al mérito que los artistas lealmente le reconocían.»

Ha sido fundador del Círculo de Bellas Artes de Madrid y Secretario de la escuela Superior de Artes e Industrias durante muchos años.

Tenemos casi por seguro y lo consignamos con especial satisfacción que nos consagró sus posteriores pinceladas, pues pintó ex profeso para esta Revista el hermosísimo cuadro que nuestros suscriptores pudieron admirar en la portada del número 128, último del año anterior.

Embargados toda vía por el profundo sentimiento que nos ha causado la doble noticia de haber desaparecido del mundo de los vivos dos artistas de tan indiscutible importancia, hacemos votos porque gocen allá arriba de la gloria que aquí han dejado, y enviemos a las respectivas familias nuestro sentido pésame, en testimonio de la parte no pequeña que el ALBUM SALÓN toma en su acervo dolor.



† PLÁCIDO FRANCÉS.

BELLAS ARTES

El carácter quincenal de esta Revista nos impide con frecuencia dar cuenta del movimiento artístico de Barcelona, á causa del retardo que han de sufrir forzosamente las noticias de la actualidad fugitiva.

Hoy, sin embargo, debemos echar una mirada retrospectiva á un acontecimiento que tuvo la virtud de interesar á los inteligentes y á la crítica; nos referimos á la exposición de pinturas que Eliseo Meifrén celebró en el «Círculo Artístico» de esta capital. A ello nos incita, particularmente, la oportunidad de publicar en este número dos de los cuadros que figuraban en aquella exposición.

Meifrén, de quien hablamos extensamente hace algún tiempo, con motivo de una exhibición semejante, atraviesa actualmente una de esas épocas febriles tan propias de su naturaleza artística, y que le colocan en el número de los pintores más fecundos de nuestra región. Le estudiamos, la otra vez, desde el punto de vista de su temperamento, haciendo notar la evolución de su arte, que le afirmaba, en su última etapa, maestro consumado en la marina y el paisaje. Llegado ya á la madurez de su talento, la reciente exposición le ha servido para aplicar á infinita variedad de temas y aspectos de la luz su pródiga fantasía, templada por un mecanismo magistral y reposado.

No es de extrañar, pues, que su exposición causara, en conjunto, excelente efecto á inteligentes y profanos, como resultado de la unión de todas las buenas cualidades del fogoso artista.

Cincuenta fueron las obras expuestas, distintas todas entre sí, lo que demuestra la rica cartera que posee Meifrén. Muchas á pleno sol, otras con las armoniosas tintas crepusculares, otras plateadas por la luz de la

luna; paisajes en que dominaban las arboledas, otros representando abruptas quebradas ó barrancos, otros con una sola línea de tierra que cortaba oblicuamente el cielo; marinas de mediodía con mares de cobalto, calas tranquilas en cuya tersura se espejaban las casas de la orilla, rincones sombríos en que las ondas ligeramente rizadas tomaban los severos tonos de la naturaleza circunstante, mares grises como acero furdido; interiores blanqueados, de transparentes penumbras. Había allí cuadros tan jugosos como *Naranjos*, tan bien observados como *La Magnolia* (Vallvidrera), tan finos como *Día gris* (Cadaqués), tan robustos como *La Costa*, tan armoniosos como *Poesía* y *Mi hora*, tan hermosos como *Pantano* (Vallvidrera), tan húmedos como *Charenton*, tan risueños como *Idilio*, tan frescos como *Atamos blancos*, tan misteriosos como *Marina de Cadaqués* (noche); tan bien dibujados como *Septiembre* y tantos otros que, como los dos, *Armonía rosa* y *Armonía azul* que publicamos, componían el núcleo principal de la simpática exposición y daban clara idea de la personalidad artística de Meifrén.

Casi sin espacio ya para terminar esta revista, nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el bonito cuadro *Ociosa*, que figura en la primera página de este número, y en la que Muñoz Lucena ha vertido las galas de su paleta; y la elegante escena del cuadro, *En la trinchera*, que firma Enrique Estevan, preludio de un combate en el que de fijo sucumbirá el más fuerte.

FRANCISCO CASANOVAS

EL MANICOMIO

CADA tarde se reunían en la salita del Ateneo los diez ó doce médicos que habían sido constantes compañeros y amigos durante todos los cursos de la carrera y que luego, ejerciendo su profesión, habían sabido guardar, con la buena amistad, un compañerismo á toda prueba.

Entre ellos tenía gran predicamento uno de los más jóvenes, médico de gran fama y de dilatada clientela, cuyas consultas se disputaba la gente encopetada de la ciudad. Contaba unos cuarenta años, era enjuto de carnes, atezado de rostro y de facciones enérgicas y acentuadas. En sus ademanes, en el tono imperioso, en las respuestas breves, se advertía el hombre de acción antes que el de estudio. Y, sin embargo, era el que de mayor y más merecida fama gozaba de cuantos estaban reunidos.

Aquella tarde se hablaba de un Manicomio Modelo que en breve debía inaugurarse y que reunía todos los adelantos que la psiquiatría ha hecho durante los últimos años. Desde que principió la conversación á encauzarse por tal camino y sobre tal tema, Pepe García — así le llamaban sus compañeros — parecía estar violento, contrariado. Al cabo y como continuara hablándose del manicomio, se levantó bruscamente é iba á marcharse, cuando uno de los reunidos, íntimo amigo suyo, le detuvo y le dijo:

—Oye, Pepe tanta repugnancia te inspira hablar de locos y de degenerados, que basta que por casualidad se trate de ellos para que nos abandones?

—¿Que si tiene fundamento mi repugnancia?...

Y, al decir esto, el rostro de García expresó tan claramente una impresión dolorosa, tradujo con tanta elocuencia algo de lo que pasaba en su cerebro, que su amigo quedó callado. Veíase que sentía haber dado tan de lleno en el clavo; que le dolía haber provocado con tanta fuerza un recuerdo evidentemente doloroso.

La emoción del gran médico fué tan breve como había sido intensa. Sentóse de nuevo, bebió dos ó tres copas de coñac una tras otra, serenóse por completo y habló así:

—Si, tiene fundamento, gran fundamento y bien triste por cierto mi aversión, mi horror á los manicomios. Tanto, que estoy seguro que de tratar mucho tiempo de esas cuestiones acabaría por nublarse mi inteligencia. Sin embargo no proviene esa repugnancia de nada que á mi mismo me afecte. ¿Conoció alguno de vosotros á una muchacha que hace quince años era poco menos que la reina de la moda en esta ciudad, hija del banquero Salado y una de las más hermosas que asistían á teatros y paseos? Estoy seguro de que todos la recordáis. Lo que quizá no sabéis es su trágico fin. En aquella época tenía yo veintitres años, acababa de doctorarme en Medicina; pero era pobre como una rata y los clientes se empeñaban en no llamar á mi puerta. Claro está que parecía yo un partido deplorable para una muchacha del fuste de Angela. Esta, á pesar de mi pobreza, de mi brusquedad, de mi escasa elegancia, me amó como yo la amaba. Es que sin duda adivinó la gran pasión que me había inspirado, la voluntad firmísima que en el querer he tenido siempre. Pero la chica era honrada y no podía casarse conmigo. Durante dos años que duraron nuestras relaciones desdeñó brillantes partidos.

Sus padres no sabían á qué atribuir semejante conducta, hasta que al fin confesó de plano. Afirmó que sólo se casaría conmigo. Llamóme su padre. No valieron súplicas, ni promesas, ni pude hacer entrar en su cerrada mollera de banquero afortunado, que una inteligencia clara, una voluntad firme, eran más segura prenda de fortuna que los caprichos estúpidos de la suerte, representados por una propiedad que puede perderse, por unos títulos que pueden quemarse, por unos negocios que pueden ir de mal en peor. Aun cuando tenaz y paciente, me irritó aquella estupidez paternal. Pensé—Dios me perdone—que de tal palo, tal astilla, que el tiesto se podía parecer á la olla, y sin despedirme de la pobre muchacha, sin pensarlo dos veces, reuní todos los cuartejos que pude y me marché á Inglaterra. Ejercí allí diez años con suerte. Una operación afortunada creóme una reputación. Al volver á España, tenía un nombre y una fortuna. Podía aspirar á lo que quisiera. No habría padre que me despreciara para su hija.

Apenas aquí, fui á casa de Angela. Vivía aún el bruto de su padre; me di á conocer y el viejo se echó á llorar.

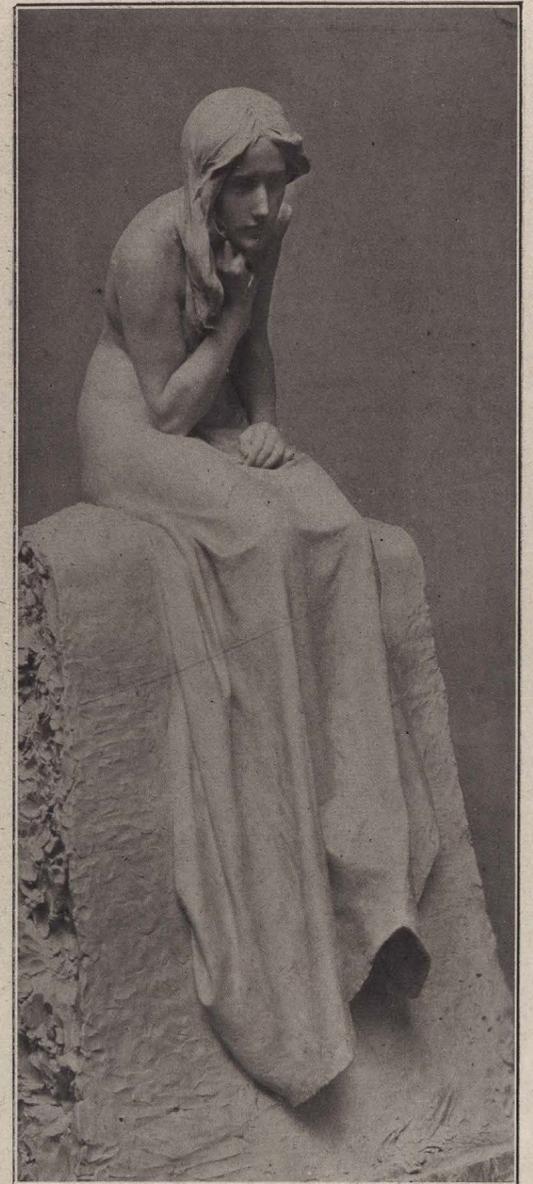
—¿Ha muerto Angela?—pregunté.

—¡Está loca!

Fui al manicomio. El director me enseñó el cuerpo de la mujer que amara. Monstruosamente gorda, quieta en un rincón de la estancia, estúpida la fisonomía que tan bella había sido, vivía con vida animal únicamente. Ingería los alimentos á la fuerza, no hablaba con nadie, ni con las otras enfermas ni con las enfermeras, y desde que se levantaba hasta que se acostaba, como recuerdo de la inteligencia que tuvo y del amor que me consagró, repetía, sin expresión ninguna, como una muñeca que habla automáticamente:—¡Pepe!

La hablé, lloré junto á ella, probé si una sacudida la sacaba de su entorpecimiento, le expliqué quién era, probé á ser nuevo Cristo de aquel Lázaro con movimiento y sin alma. En vano. La locura era incurable. La materia había anulado al espíritu. Y aún ahora, cuando os hablo, me parece que oigo su voz sin timbre, sus labios sin expresión que repiten:

—¡Pepe! ¡Pepe!



ESCULTURA de José LLIMONA.

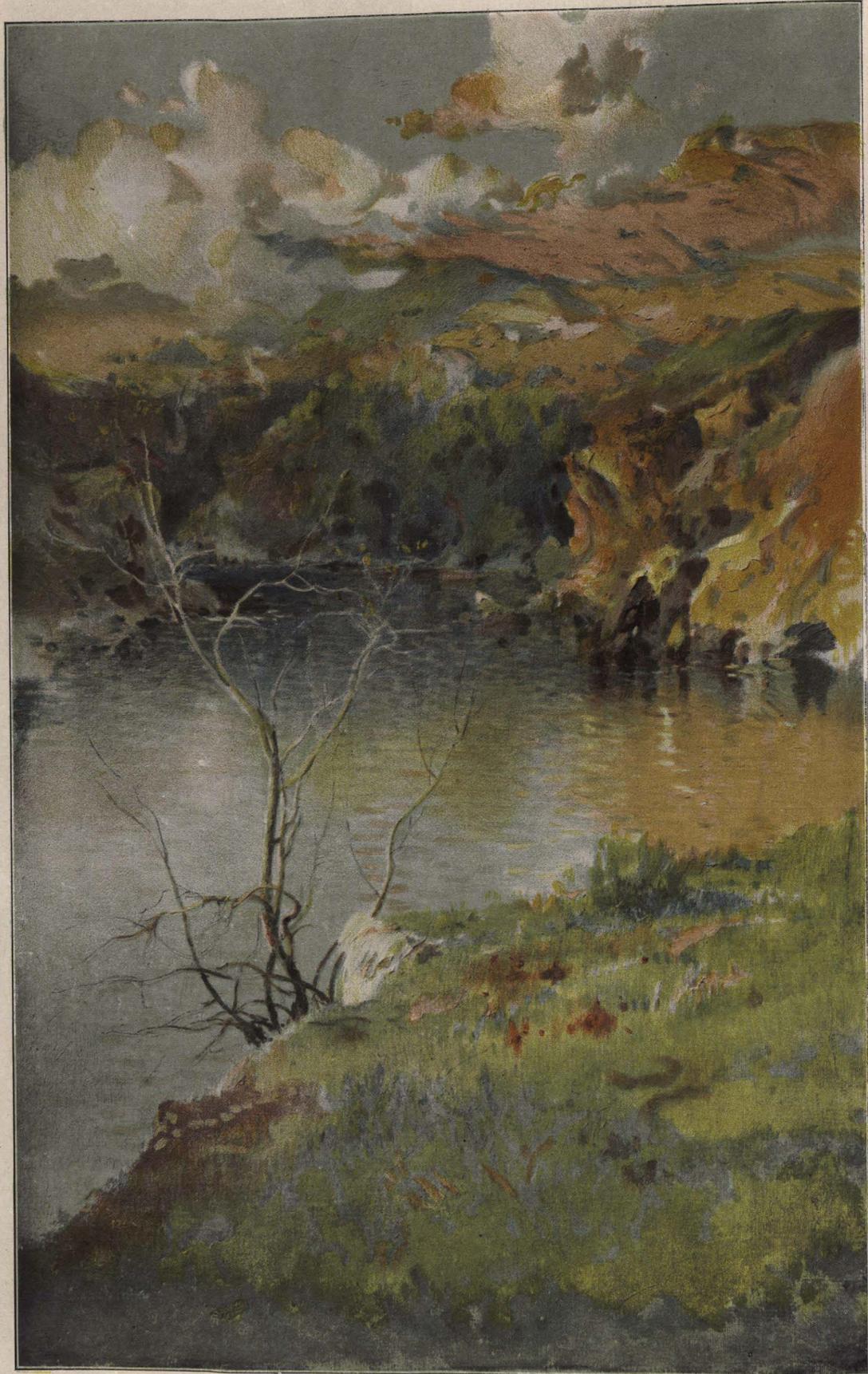


SRTA. ARAMINDA OTTO.

Profesora de piano y autora de la pieza musical que acompaña el presente número.

AUGUSTO RIERA

ELÍSEO MEIFRÉN



ARMONÍA ROSA

ELÍSEO MEIFRÉN



ARMONÍA AZUL